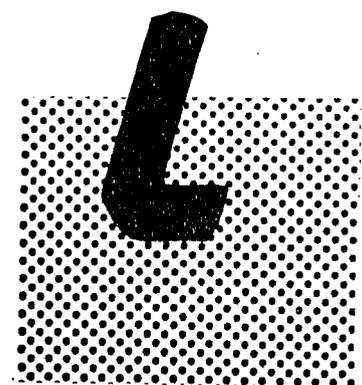


En Mediodía de Angélica el fervor del poeta, ofrecido en anteriores poemarios, adquiere un vértigo que sólo aparentemente es alucinatorio. El renacentismo de algunas imágenes y metáforas aparece todavía en los poemas de "Lejos de Itaca", de "Conjuro de los mármoles", etc. Pero ya en Antemural -en los ejemplos aquí aducidos- y fundamentalmente en los extraordinarios poemas de "Ciudad del ave", Octavio Uña, en función de hechicero de la tribu -o de mediador entre la raíz y el ala, entre la tierra y el cielo-, instala Castilla en la forma y en la vibración propia. El verso posee peso y contrapeso, dentro de una delgadez de categoría becqueriana y sanjuanista, de arpa despierta y de llama encendida.

En "Ciudad del ave" hay una transfusión de lo oculto y de lo popular, de lo real y de lo imaginario. Aunque sometido a una atmósfera nítida, embridada, elíptica en ocasiones, que ahorra la grosura de una retórica más compuesta y que, por lo tanto, permite una conexión de elementos sorprendentes, Octavio Uña utiliza sin duda la transposición mística del mismo modo que Jorge Guillén utiliza la exaltación vital o Claudio Rodríguez una alternativa disémica. Está claro en Mediodía de Angélica, que la plenitud de Octavio Uña posee la remota melancolía del paraíso perdido que de algún modo le acompaña en la palabra. En una palabra, repítamóslo, alada, angélica casi, pero en la que destella una brizna de humanidad y resuenan patéticamente las emociones.

Nadie puede discutir este logro del poeta: una Castilla en la que se refracta la visión y la emoción, el pasado y el presente, la historia y la intrahistoria. Y en la que, sin embargo, no aparece por ninguna esquina ni el panteísmo de las sensaciones ni la sublimación de las realidades. Ni, por supuesto, la anfibología mítico-biográfica. Octavio Uña se mantiene en esa frontera del milagro al saber crear una cuarta dimensión lírica en la que se revelan las lunas de la Alhambra y las calles del Albaicín, las estrellas de Angélica y el canto del Tera. Porque al poeta ni es la nube ni el ave ni la estrella lo que le engrandece, sino la lumbre de la dicha que los dioses encendieron y que nunca podrá apagarla. Presente, viva o soñada, Octavio Uña retiene en su pupila una Castilla vista con ojos de niño. Es el documento que le queda puro e imborrable.

#### IV



La poesía de Octavio Uña, un poeta-profesor que puede protagonizar una generación de hombre solo -quiero decir, un hecho original, a pesar del arrastre de una tradición lírica-, se encuentra ya en proceso de beatificación. Octavio Uña escapa a la imagen estereotipada de los jóvenes contraculturalistas porque llega a la poesía por un camino tan estético como fenomenológico. Filósofo, sociólogo y teólogo, Castilla para él -la vieja Castilla convertida en tópico por los ensayistas del 98, en trofeo por los modernistas y redimida por los poetas del 27-, necesita todavía una exorcización desmitificadora del cartón piedra y del heroísmo